

COLECCIÓN
QUILOAZAS

ESCUELITA DE NADO

PILAR GUADALUPE CABRÉ



VERA editorial cartonera

ESCUELITA DE NADO



ESCUELITA DE NADO

COLECCIÓN
QUILOAZAS

PILAR GUADALUPE CABRÉ



VERA editorial cartonera



La serie de fotos incluida en este libro corresponde al archivo personal de la autora. En buena parte, datan del último año en que se dedicó a la natación profesional (ese año eligió nadar en torneos de pileta en vez de Aguas Abiertas; una especie de despedida poco tradicional haciendo lo que antes nunca había hecho); otras, nadando en el río, son de su regreso recreativo, luego de diez años sin competir.

FOTOGRAFÍA: MARIO ÁNGEL CORREA

OFERTA

¿Qué haces queridaaaaaaaa? ¿Conocés algún profe de natación? En la pileta necesitamos uno. Recibo un mensaje de una compañera de trabajo con la que no hay feeling. Miro el mensaje y me río, porque no creo en eso de intencionar pero hace un par de semanas que me digo ojalá pudiera trabajar de eso. ¡Yo! Trabajé un tiempo en Unión y estudié en Rosario, agrego sin creer que le importe mucho. *Perfectoooooooo*, responde y me pasa horarios, días, rango etario de los alumnos y valor estimado de pago por hora. Conversa sola en el chat sin que yo pueda preguntar demasiado. La dejo hablar, quedamos en que me van a contactar.

AMBIENTACIÓN

Dar clases de natación para infancias podría ser igual a convertirse en superhéroe. Por un momento, todos (padres, niños y dirigencia del club) confían de manera totalmente ciega en alguien que dice saber cómo quitar un miedo. Cuando reflexiono sobre qué enseñar y para qué, me pregunto qué les habrá pasado a algunos amigos y familiares que no lograron aprender el oficio de deslizarse en el agua.

Pienso, por ejemplo, en mi mejor amiga que me miraba desde el andarivel de al lado y decía cosas como: *odio estar acá, este es el peor deporte*. También en el sobrino de mi compañera de trabajo que entraba al club pero se quedaba en el baño. Para fingir que tomás clases de natación solo necesitás tres cosas: mojar tu pelo, mojar el mallín y buscar un buen escondite para pasar la hora.

Escucho a mi hermana menor alardear de que no sabe nadar. Cuando íbamos de tarde a la escuela y salíamos derecho al club simulaba olvidarse la mochila con las cosas de pileta. Una vez, la dejó sobre el techo de la camioneta para que se pierda en el camino. Mi papá estaba más preocupado que molesto y angustiado, se atribuía la pérdida de una toalla, malla rosada, un gorrito y las antiparras. Mi hermana mayor, Lucía, le retruca el relato y recrimina a mi madre lo flexible que se fue volviendo en la crianza luego de tener cinco pibes. Después, se mete en la boca un pedazo de marucha asada. Estamos en la mesa del domingo. La mayor iba a nadar en la Garelli azul, la llevaba mi mamá. Nunca quería quedarse y salía corriendo detrás de la vieja, primero por la vereda, luego por la calle, tres cuadras seguidas. Mamá la miraba por el espejo retrovisor y avanzaba inmutable. No hay duda de que aprendió a nadar por cansancio. Su estilo es más bien prolijo y lento. En cambio, si la acompañaba mi papá, en vez de dejarla, se tiraba con ella al agua y

esperaba a que quiera quedarse sola. Mi mamá le tuvo, hasta hace muy poco, miedo al agua. Siempre dice que para criar a la última no tenía tanta energía, que por eso la menor no sabe nadar.

Aprender a nadar es casi como nacer de nuevo, en otro medio. ¿Quién cuida nuestra entrada a ese otro universo?

CONTACTOS

Un tipo me habla y me dice poco, es el nexa entre la pileta y el club. Básicamente: el que maneja la tarasca. Acordamos cosas, más tarde me va a hablar otro tipo que finalmente se contacta: *soy Gabriel, ¿podés venir hoy?* Leo esto mientras vuelvo a casa desde la escuela secundaria donde doy clases de Geografía. El camino es más o menos como cerrar la ciudad de oeste a este, escucho la yanta de la bici en contacto con el cemento de la Avenida Gorriti mientras pienso que realmente hoy no tengo ganas. Las cosas de prepo me dan ansiedad. Le confirmo que arranco el miércoles. *Te esperamos.* La rapidez y liviandad con la que se suceden las cosas que esperé mucho tiempo me descolocan. El asfalto está caliente y la rueda rechina finita y ligera, es la siesta y la poca circulación abre el juego a sonidos mínimos, el pedal de mi bici hace un *crack-crack* en cada revolución.

LOS BENVENUTTI

Vivo en una ciudad donde una pileta no es considerada un lujo mayor, sino más bien una infraestructura necesaria para garantizar el bienestar de una familia en el verano infernal. En este ambiente tan propicio, la ciudad y el río han parido nadadores increíbles.

Cerquita de esta localidad, en San Carlos, los hermanos Benvenuti pensaron que era posible crear la famosa «Pelopincho», pileta de lona que en cierta forma democratizó el acceso y uso a diferentes ciudadanos. Desconozco la fuente de inspiración, pero imagino que en un primer momento los veranos de estos dos trascurrieron dentro de un tanque australiano. Yo tuve una Pelopincho, de corta edad. En una mudanza me metí adentro para andar en mi triciclo mientras la armaban. La corté con el plástico de las ruedas y ya no pudo ser usada. Dibujé sobre la lona círculos. Vistos de arriba parecían esos mensajes que dice la gente que dejan los extraterrestres sobre campos sembrados.

INICIACIÓN

A eso de los cinco o seis años, conocí la rutina de preparar un bolso para ir a nadar. Mi casa quedaba a unas quince cuadras de uno de los tres clubes que en aquel momento contaban con pileta en Santo Tomé y, además, tenían Escuelita de Natación. Yo era lánguida y solía trasladarme en una bici GT, un legado familiar que había sido utilizada por mis tíos y hermanos mayores. Mi papá se indignaba muchísimo porque yo solía manejar en zigzag. Él creía que era a propósito, pero lo cierto es que me chocaba el manubrio con las rodillas.

Tengo en la mente una especie de imagen: un sol fuerte, una calle larga, asfaltada: Saavedra a la hora en que las leyendas dicen que a los niños se los lleva la Solapa. Mi papá y yo solitos desplazándonos cada uno por la fuerza de tracción de nuestras piernas en dirección al Club Alianza.

De regreso, con el sol bajando sobre nuestras espaldas, le pedía que me empujara con un brazo para darme empujón. Ese era nuestro juego de viaje. Entonces se acercaba manejando con una mano y colocaba la otra libre en mi espalda. Casi como quien revolea un poncho o sacude el trapo donde duermen los perros con un movimiento corto y fuerte, la fuerza del empujón me deslizaba metros adelante. Yo soltaba los pedales, abría las patas y me dejaba ir. Las ojotas colgaban en el cansancio dorado de mis extremidades.

CLASE N° 1: MIÉRCOLES

Llego al club, el pasillo que va a los baños es lo primero que ves al ingresar a la pileta. Está techado y húmedo, rancio y hongueado. Las baldosas son cuadrados con relieves en damero. Cuadraditos dentro de cuadraditos. La redundancia del diseño me resulta ridícula y familiar. El piso flojo es techo de alacranes y cucarachas. Entro por el pasillo angosto con mi bicicleta, el manubrio es casi más ancho que la puerta y tengo que maniobrar: inclino la rueda, paso un lado y luego el otro.

Me recibe el guardavidas. Lo confundo con otra persona, lo nombro *Gabriel*. Soy *Diego*, me corrige y agrega: *espero te quedes todo el verano porque ya cambiaron mucho de profe*. Mi reacción dibuja una sonrisa forzada mientras pienso que capaz no tengo idea de dónde me estoy metiendo, pero lo cierto es que no puedo resolverlo ahora. ¿Los profes suelen meterse al agua?, pregunto. *Si querés, sí*, responde dándome la espalda mientras se va al otro extremo.

La pileta está destechada, vieja y desteñida. Los andariveles son modernos y rígidos, sobresalen y contrastan. Empiezan a llegar progenitores y niños. No sé cuáles son mis aprendices. La masa de niños y madres se agolpa en el ingreso, en otra puerta delgada. Es la hora y desespero porque nadie sabe decirme de qué criaturas tengo que hacerme cargo.

Llega Mariana, se presenta sequísima: *Ah hola, soy la profe de nivel 2*. La mala onda que irradia no me contribuye. *A VER ACÁ ESTÁ LA SEÑO ¿Cómo es tu nombre? ACÁ ESTÁ LA SEÑO PILAR, ASÍ QUE TODOS LOS NENES DE LAS PROFES CAMI Y TAMARA SE TIRAN CON ELLA. Podés usar estos dos andariveles, hasta la mitad, porque los changos no hacen pie, son los tuyos, tenés que correr a la gente, porque acá los socios son todos unos pelotudos que se creen los dueños de la pileta.*

Saludo a los pibes, saludo a las madres, pido gentilmente que me aguanten. Camino por el borde de la pileta y empiezo a hacer señas. Algunos socios se corren solos, otros se hacen los desentendidos, reitero el pedido. Descubro que Mariana tiene un poco de razón. Son las 18.15 y la clase no arranca.

Mariana me ayuda, ahora su malhumor me beneficia.
SEÑOOOOR CÓRRASE QUE EMPIEZA LA CLASE POR FAVOR. Qué viejo choto, susurra mientras pasa por atrás con una parva colorida de tablititas para patear. Buscate lo que vas a usar, agrega y me da una llave de la que cuelga una réplica en miniatura de un salvavidas rojo.

Preparo los materiales y me tiro al agua, VAMOOO, AL AGUA. Tengo en total casi veinte pibes que antes estaban a cargo de dos profes.

Camino de espaldas para que el agua me llegue al pecho, escucho los chapuzones detrás. Los más escuálidos me gritan: *está fría seño*, tienen razón pero miento: *Es hasta que nos movamos un poquito, después van a ver cómo cambia.*

No tengo idea de las capacidades acuáticas de estos chicos. Intento testear lo básico: flotación, propulsión y respiración. Empezamos por un juego tonto: *A ver ¿quién puede meter la cabeza bajo el agua y largar el aire por la nariz, así, como cuando nos sonamos los mocos?* Se ríen, una madre mira la clase, escucha, no se horroriza pero se extraña de los ejemplos que uso. Tomamos aire todos juntos, nos zambullimos, en su mayoría logran el ejercicio con éxito. Ahora una ronda de pequeñas cabezas sumergidas burbujea hacia arriba, visto desde el cielo, soy la estatua en una fuente circundada por patos de metal que tiran agua. A borbotones mis aprendices hacen mover el líquido.

Esto que parece tan sencillo, es un error común. En la mecánica del nado la respiración es central. Me resuenan en la cabeza las afirmaciones de Mario cuando nos daba clases: *si el pibe no larga el aire abajo, cuando sale a respirar tiene que largar el que tiene y volver a tomar. No llega, el pibe no llega, hace tres brazadas y se frena.*

Intercalo lo que resta de la clase con ejercicios de propulsión: patadita con tabla, primero con cabeza afuera del agua, luego, adentro para que combinen patada y respiración. Emilio es desatento, enseguida descubro que en verdad le da vergüenza no poder meter la cabeza debajo del agua aunque su patada es increíblemente perfecta. Su cuerpo es liviano, sus piernas parecen dos palitos de escarbadientes unidos en la rodilla por una bolita de plastilina. Pedro no para de salirse de la pileta, se sube por la escalera cada vez que descubre que una cucaracha de agua va directo hacia él. La guerra contra ese tipo de bichas es realmente desgastante, no tengo fundamento, porque en verdad molestan y pican. Intento decirle que si se mueve y patear hacia el otro lado, no lo van a alcanzar. Finjo que no es para tanto que la bestia dura y crujiente se ensañe en prenderse del cuerpo de alguno. Interrumpo la clase y saco un par de cucarachas. El guardavidas me ayuda convenciendo a Pedro de que vuelva al agua.

Los últimos siete minutos se los dejo libres, una especie de recreo. Algunos no soportan el frío y se van, otros sumergen y emergen sus cabezas intercalando las palabras *Marco – Polo*.

Yo los miro desde afuera, parada al sol y envuelta en la toalla. Ensayo una regla para aprenderme el nombre de algunos. Elías y Pedro son hermanos, Pedro es el más chico y odia los bichos, Elías se la pasa abajo del agua cuando explico lo que hay que hacer, tiene una melena afro increíble. Emilio es friolento y lleva todo el tiempo las antiparras celestes en la frente, total no se va a mojar la cara. Tres pronuncian mal la erre: dos Facundos y un Joaquín. Ailín hace todo extremadamente lento y por eso su cuerpo termina por hundirse; no me preocupa, es solo cuestión de tiempo. Marga es pálida pero sus cachetes están enrojecidos, habla mucho y su papá está separado también, lo sé porque ya me lo contó. Sé que no está bien el favoritismo, pero Xavier se ganó mi corazón, es un atolondrado muy alegre, tiene una hermanita chiquita que lo vino a buscar. Él se acerca al borde de la pileta: *¿que hacés vos?*, le hace fiestita, la nena se ríe y sus pies repiquetean sobre unas cholitas rojas con puntitos blancos.



PLANIFICACIÓN Y TRANSFERENCIA

Abro el Tomo I *Enseñanza de la Natación*, «por supervivencia» es la respuesta tajante y unánime del manual a la pregunta: ¿Por qué es importante saber nadar? Le siguen una serie de aspectos positivos en torno a la salud como beneficios respiratorios, musculares y de la circulación.

Vengo de una ciudad que es como una pileta gigante sometida en verano a 38° o más. Una llanura hundida entre dos ríos: el Salado y el Paraná. Por supervivencia, mi madre, nos mandó uno tras otro, sistemáticamente, a nadar. Empezamos en la pileta del polideportivo.

En esta ciudad la fama deportiva crea políticos. Corredores automovilísticos, boxeadoras y nadadores de aguas abiertas se transforman en algún momento en la cara visible que promete hacer algo para cambiar lo que pasa.

Cada verano, Santa Fe recibe una oleada de nadadores extranjeros, vienen para participar de la maratón de aguas abiertas que lleva el slogan «la más linda del mundo». La Maratón Santa Fe–Coronda es una fiesta sobre el río de lanchas, cumbia, banderas de Colón y de Unión, botellas cortadas con vino adentro y guerra de bombitas de agua entre embarcaciones. Por la costa, el hormiguero de gente se acomoda para ver pasar a los nadadores y el jolgorio.

Por el agua, la ciudad de Coronda queda a 57 kilómetros de distancia de Santa Fe. Esos 57 kilómetros nadados son equivalentes a unas 8 horas, dependiendo de cómo esté el río: bajo o alto, si corre lento o rápido.

Mi trabajo actual me acercó a Claudio, hijo de un cacique de la zona. A través de él, conocí gente que puede predecir lo que hará el agua observando a los animales andar la isla. El río Coronda, según dicen, se presta para alojar rituales. El papá de Claudio les enseñó a

nadar ahí cuando eran chicos. Antes de largarlos, caminaba con los pies pegados al suelo para espantar las rayas.

Cuarenta años después, en el río que los vio crecer, sus familiares y él ofrecen el espíritu de sus hijos en un ritual que llaman «entrega del espíritu del niño al río». En él, el niño inocente y puro, entrega todo lo bueno al agua, una especie de antítesis con el bautismo católico.

¿En qué momento aprendí a sobrevivir en el agua? ¿Cuándo entregué mi espíritu al agua? Me acuerdo de la seño Andrea: *andá con el profe Moncho, ya sabés flotar y hacer patada*. Tenía cuatro años. El profe Moncho usaba la pileta honda, primero estuve descontenta, pero él era divertido y a veces usaba disfraces, me convenció rápidamente.

Recuerdo que al invierno siguiente fui a nadar al club Gimnasia y Esgrima. El profe Moncho tenía un equipo pequeño allí, porque esa pileta estaba climatizada y la que usábamos en verano, no. Al completar dos piletas, me indicó que pase a otro andarivel con gente que no conocía. Una mujer que no me dijo su nombre entrenaba niños y yo era la nueva adquisición. Me sentí todo el tiempo cansada, no entendía lo que había que hacer y las nenas que estaban conmigo se reían de mí. Salí llorando de la clase y mientras mi papá me envolvía en la toalla dije que no iba a nadar nunca más. Me entendió, propuso esperar al verano para volver a probar.

Cuando llego a la pileta para dar mi clase, preparo tablititas, flota flotas y pelotas. Van atravesando de a puñados la puerta esos cuerpitos con antiparras y gorros que desfilan secos, recién cambiados desde el vestuario. Para saludarlos, me arrodillo y nuestras caras quedan a la misma altura, hacemos nuestro saludo secreto (choque de palma más puño cerrado).

La clase es de una hora, el momento más importante de aprendizaje es el recreo. Es el momento en que el niño conecta solo con su cuerpo y con su miedo. En el recreo, los miedosos y asustadizos suelen alejarse del grupo. Yo los miro pero de reojo, pispeo como prueban solos lo que en grupo no se animaron a hacer. Algunos por error o accidente, otros con decidida valentía meten la cabeza bajo

el agua, se zambullen para tocar el fondo, aguantan la respiración lo más que puedan. Practican patadas, flotar boca arriba, dar roles. Este es, sin duda, un momento fundacional, algo así como la entrega al agua de la confianza en sí mismos. El cacique Coronda me dice que el agua es sagrada, «atamá» es río, es decir, agua que corre y yo le creo.

FELIPE

Para no confundirme a mis aprendices, uso la ropa y las antiparras que traen puestas como una especie de regla mnemotécnica visual. Felipe fucsia, Felipe resaltador. Felipe, único niño de mi clase con remera para protección de rayos ultravioletas. Felipe antiparras verde y azul. Felipe, qué bien le queda a tu niñez el contraste: la palidez de tu piel y lo radiante de tu atuendo. Si te miro fijo las pestañas, una gota se aloja entre pelo y pelo. Gotita dulce diminuta de agua. Tus ojos parecen constantemente entrecerrados, Felipe el tímido.

Cuando pido un ejercicio, repasás. Me sumerjo en la contradicción que te rodea. Un gran despistado, interesantemente estructurado. ¿Cuánto tiempo esperamos que te decidas mientras te repetís a vos mismo la consigna: *Seis patadas, una brazada o bueno voy, concentrado*.

Me preocupan tus temores, te pregunto: ¿Qué te asusta? Mi misión es un poco validar tu sensación pero también demostrarte que el agua puede ser un entorno, no solo hostil sino también, amable. Acompaño el movimiento de tu cuerpo rígido, difícil de hacer flotar. *Seño vos quedate al lado. Sí, yo te sigo*. Intento algunas veces mejor que otras que aprendas a no desesperar. Te calmás, ¡Ah! acá hago pie. Tu frente fruncida se vuelve una sábana limpia recién tendida en la cama. No conozco a tu mamá pero sé que está en el protector bien desparramado de tu cara, brazos y piernas, en las veces que me decís que tu papá se olvidó de ponerte una toalla o de traerte el calzoncillo. Y te quedás, al rayo del sol, Felipe, temblando y resplandeciente.

A veces, venís con manchas de piel, como esas que salen cuando alguien está nervioso. Tu papá es amable, puntual y sus ojos son celestes, muy celestes. Tiene tus pestañas aunque las suyas son mitad oscuras, mitad blancas. Te mira repetir los ejercicios, te ve

fallar y sonríe. En la comisura de ese gesto deja entrever, o al menos eso parece, que entiende los grandes pasos imperceptibles que das: primero dejar de agarrarte de la pared, después frenar y darte cuenta que hacés pie. *No voy a morir ahogado*, me dijiste una vez, no pude parar de reírme. Felipe, el dramático.

Tu mejor amigo es el Fran de antiparras naranjas, entiendo que van juntos a la escuela. Al Fran le cuesta mucho meter su cabeza abajo del agua, le da pánico y lo intenta de a poco, cada vez más. Vos lográs que lo haga invitándolo a jugar, Felipe, el mágico.



REVELACIÓN

Entre los nadadores es común soñar con situaciones similares. El sueño arranca para todos más o menos igual: se encuentran en situaciones de las que es necesario irse. El motivo de la ida suele ser variado: estar llegando tarde a otro lado, querer escapar, intentar alcanzar algo que se va. El factor común es la forma de desplazamiento. Cuando descansamos los nadadores solemos soñar que nadamos sobre el aire. Vamos por la calle caminando y de pronto, como quien se toma un colectivo, saltamos para quedar a un metro del suelo en horizontal. Avanzamos de a brazadas, debajo nuestro la gente nos ve, pero no se escandaliza, porque sabe que podemos hacerlo.

Viví mucho tiempo creyendo que este sueño era solo mío. Ahora sé que podría haber chocado con cualquiera de mis compañeros. Hubiese sido una catástrofe difícil de explicar al entrenador.

ENCARGADO

Por fin conocí a Gabriel, es un retacón simpático. Su cara es redonda y sus ojos muy claros, pareciera que de joven tuvo rulos. Usa ropa del club desteñida. Es guardavidas y encargado de profes. Lo acompaña una cierta parsimonia a la hora de moverse, pero en verdad fue ágil cuando manoteó el bebé que cayó al agua mientras sus padres tomaban sol. Lo levantó del brazo y yo pensé que se desarmaba, el guacho chillaba como chanco, colorado y empapado, llevaba puesta una remera de barquitos contra rayos UV.

Gabriel habla bajo. Está terminando mi primera semana y recién nos cruzamos. Nos sentamos en dos sillones y arma el mate. Repasamos los objetivos de las clases para las que me llamaron. Hubiese preferido que esto sucediera antes. Me acostumbro a que las cosas tengan un ritmo que no puedo controlar. Parece agradable, es macanudo y concordamos en la forma de pensar la enseñanza en escuelitas de natación. Tira una expresión convencidísimo: *hay que desinstalar la idea de que la hora de Nivel 1 es para jugar, la hora de Nivel 1 es para nadar, para que aprendan crol y espalda en lo posible*. No me animo a preguntar por el tema del pago, él parece evadirlo. Me cuenta que en la secundaria Geografía era su materia favorita.

CLASE N° 9: DÍA DE LLUVIA

Llueve. Chispea finito y entre los grupos de Nivel 1 y 2 sumamos siete alumnos. No me meto al agua para dar la clase. Desde el borde de la pileta tomamos mates con Mariana, ella tiene serias dificultades para regular su tono de voz. Sostenemos una conversación en la que mantiene el mismo volumen que cuando corrige a un pibe a distancia en el agua. Aprovecho y entre mate y mate le pregunto cuestiones referidas al pago por el trabajo que hacemos. Siento que en el fondo le dio un poco de pena que esté tan perdida, porque me dijo *mamita*. Pero no *mamita* de hartazgo sino de: *ay mamita, la que te espera*. Me explica que cobramos por alumno, todo en efectivo, a mes vencido y siempre después del veinte: la secretaria no tiene control de quién paga y quién no, entonces vos tenés que hacerte una lista, armar un grupo de whatsapp y pedirle a cada papá o mamá que te mande el comprobante de pago, porque a vos te pagan por pibe que abona, eso grabateló.

Ese control debería llevarlo el canoso de anteojos que oficia de portero y tiene una perra que le posa a los pies. Prosigue en la explicación, para pagarnos la secretaria hace el siguiente cálculo suma los alumnos de nivel inicial, los de la seño Fabi, a la que siempre nombro Fiamma, los de nivel 1 y los de nivel 2. Esa suma se divide en partes iguales para las tres. Antes de que pueda esbozar algo, Mariana anticipa que mi cara se desdibuja, ataja mi malestar con un irónico ¡bienvenida a Club Sarmiento!

Vuelvo en bicicleta pensando que tengo más de veinte alumnos a cargo, de los cuales cinco no flotan solos y el resto maneja de manera muy diversa su cuerpo, eso ya es un montón de laburo. Más de veinte alumnos equivalen a más de veinte padres y madres a los que tengo que perseguir para que paguen, decido que no lo voy a hacer.

MERCEDES

Corre el año 1997, solo soy una niña en el borde de la pileta del Club de Suboficiales de la ciudad de Santo Tomé sobre un peldaño de la escalera, aferrada a la baranda. Un cuerpo de mi misma edad todo coronado de rulos se acerca sonriente, me dice que baje, que haga puntas de pie. Me niego porque me hundo. Mi cara queda como una máscara flotando en la superficie cada vez que intento avanzar hacia lo hondo. Rápidamente retomo mi posición inicial.

Me acerca un flotador circular. ¡Dale! Metete, te lo presto. Soy muy delgada y paso derecho hacia abajo. Desaparezco por no abrazarme a los bordes, me asusto y vuelvo a la parte playa.

Nos pasamos la tarde intentando que pueda flotar sobre esa especie de rosca de silicona y aire.

Nos pasamos el verano encontrándonos, de tres a seis, en el mismo lugar donde nos vimos la primera vez.

En ese entonces, no me dejaban andar mucho en la calle, recién nos habíamos mudado al barrio nuevo. Un día, sentada en la vereda te vi a lo lejos, doblando la esquina en una bici chiquita a toda velocidad, tu pelo rebotaba.

Grité ¡EY! porque hacía mucho éramos amigas pero no había sido importante saber nuestros nombres. Vivías en diagonal a mi casa, pero en la otra cuadra, cruzando la calle.

Desde ese momento muchas cosas me pasaron por primera vez cuando estábamos juntas: a los seis años me hundí y me enseñaste a flotar; a los ocho y medio, nos echaron de catequesis por hablar; a los dieciséis fuimos a una fiesta gay y a los veinte, me desmayé por tomar alcohol.

De los cinco a los once, tuvimos una rutina muy propia. Tu mamá y tu papá trabajaban todo el día y no te obligaban a dormir la siesta

ni permanecer adentro a la hora de la Solapa. Me buscabas tipo dos y, como no me dejaban salir, charlábamos sentadas una de cada lado de la puerta de mi casa, por una ventana alargada hasta que fueran las cuatro. Después nos íbamos *a yirar*, diría mi madre que nunca entendió que sos una especie de ángel de la guarda para mí.

CLASE N° 16: HORMIGUERO

Desde la puerta de ingreso escucho cómo la pileta revienta de pibes y socios, imagino que también de mallas de animal print debajo de capelinas de jubiladas. Llego mal predispuesta, la rueda de mi bici se resiste a encastrar en el ciclistero.

Hace unas semanas vengo pensando una teoría acerca de la predisposición de los cuerpos en el medio acuático. Estoy dentro del agua y pienso en Foucault cada vez que no puedo controlar los veinte cuerpos infantiles ¿Debería monitorearlos desde arriba? Algunos están debajo del agua cada vez que explico algo. Otros, debajo de sus antiparras mirando a cualquier lado.

Con la contradicción dando vueltas en mi estómago, les grito como un milico: ¡Bueno, vamos todos contra la pared! Salgan del agua. Se sientan en el borde y me escuchan. Los más pálidos tiritan, yo me hago la enojada, Mariana me mira y se ríe, no cree ni media del papel que estoy haciendo. Ella enseña desde el borde de la pileta porque sus alumnos son más autónomos. Mi clase está siendo totalmente opuesta a la de ella.

Las cabezas de mis aprendices forman una hilera de gorros y antiparras, algunos de ellos dejan colgar sus manos, otros las cruzan para atajar la brisa fresca. La piel se les hunde en pequeños pocitos. Seria, los miro y les digo que esto no puede volver a suceder. Que es la primera y última vez que interrumpo una clase para explicar cosas. Mantengo mi cerebro partido, tengo que sostener este papel cobani que me da culpa. Evoco algunas reglas básicas y enumero: *la cabeza siempre afuera del agua cuando la seño explica algo. No puedo decir la palabra que empieza con «cu» y termina con «caracha» en ningún momento. Los bichos tienen el mismo derecho que yo de estar en el agua y punto. Cada vez que hago un ejercicio, largo empujándome de la pared, no*

de la mitad de la pileta o de donde estoy parado. No largo pegado atrás de mi compañero porque las patadas en la cara son dolorosas.

Vuelven al agua, bajan la escalera como amansados. Una vez que el agua les llega al cuello, se les ablanda el cuerpo, a mí también.

SR. COBRANZA

Todos mencionan a un tal Alejandro. Todos se quejan de ese tal Alejandro. Resulta que Alejandro, Ale, Alejandro suele ser de esos sujetos que cuanto más lo invocás, menos aparece. Alejandro te paga en efectivo, después del veinte. Nunca el veinte ni el veintiuno y a veces tampoco veintidós ni veintitrés. Voy por primera vez a cobrar después de mandar varios mensajes para preguntarle en qué horario se encuentra en la secretaría, porque él es la caja expendedora de dinero. Si él no está, nadie puede resolverte nada. Llego y le pongo cara a la ausencia que irrita. Sus facciones están magistralmente bien asignadas. Pelo grisáceo y lentes semi caídos sobre la nariz. Cara de langa, pero langa pelotudo. Del que se hace el sordo o el inentendido arrugando la zona entre la frente y la nariz y en el fondo te confunde y no sabés, si te toma el pelo o si efectivamente tiene serias dificultades para interpretarte.

Después de preguntarme tres veces quién era y a qué venía, y yo explicar modulando de diversas formas con despliegues varios del léxico y pausas al respirar, me dice que no me conocía, que por eso se le dificultó entender lo que pasaba. Ahora sí, va a una hoja A4 escrita con birome, chequea mi nombre, la sumatoria del monto total, la división por profesor a cargo, se levanta y se desplaza a otra habitación donde parece guardan el efectivo. Cuenta los billetes en su mano pasándolos uno a uno con el dedo, aparta un fajo de sesenta y dos mil pesos. Me lo entrega y firmo un recibo como los que mi papá me daba a los siete u ocho años para jugar en casa.

Al mes siguiente, tengo que repetir pacientemente toda la explicación del primer cobro.

Y al siguiente también y al siguiente.

SOFI RECIÉN LLEGADA

Una madre me toca el hombro levemente con su mano. Con desconfianza me cuenta sobre su hija. La niña me mira y sonr e levemente cuando la referencian. No sabe nadar y tiene miedo al agua, mucho. Es p lida y delgada, su malla es rosa y en el agua es dif cil diferenciarla de su piel clara. El primer d a llora. Yo por dentro pienso que es un perno tener que lidiar con alguien as  a mitad de temporada. Tiene fr o y tiritita, le digo que salga y se siente al sol. Se queda, alineada sobre los  ltimos rayos, envuelta en su toalla tambi n rosada. Sus pesta as parecen m s grandes y m s perfectas cuando retienen agua. Si fuera un objeto, ser a de porcelana.

LO DESVIADO

Tengo cuatro años y estoy del Dr. Greminger. El traumatólogo dice cosas sobre mis hombros, después de medirlos. Explica mirando a mis papás pero parece que se esfuerza para que yo también entienda que mi escoliosis hace que no se vean parejos en altura. El consultorio no tiene olor rico ni feo, las paredes son blancas casi amarillentas. Las recorre una madera fina a la altura del metro veinte. Resalta y encandila el aparato que proyecta la radiografía de mi columna, curva como meandro recién nacido al río.

El doctor tampoco huele a nada, tiene manos impolutas y grandes con uñas recién cortadas. Lo sé porque las tengo de frente, mi flequillo y mis ojos apenas superan el alto de la mesa. Todo me resulta insulso. Parece increíble lo estéril del momento donde se gestará el resto de mis veinticinco años. Mis papás están sentados en dos sillas acolchadas en verde, yo de frente al doctor, me antepongo entre el escritorio y ellos. Me custodian la espalda y eso es lo único que le da calidez a la escena.

Cada vez que puedo mirarme sola en un espejo, comparo mis hombros. Hago un movimiento, los subo y los bajo como fingiendo que puedo corregir que uno está superiormente más alto que el otro. Solo somos yo y el espejo queriendo entender por qué hay que modificar lo desviado.

En casos como el mío, se sugiere un deporte para aletargar la deformación. Mi mamá quiere que elija patín, supongo porque piensa que es de nenas, pero yo prefiero la natación porque el patín me da vergüenza, hay que usar malla y todos te ven. En cambio en el agua solo usás malla.

CLASE N° 25: OLA DE CALOR

El verano ya está más que entrado. Es un mes calurosísimo en Santa Fe y mucha gente ha decidido, casi obligadamente, pagar la cuota societal de la pileta y mantenerse fresco todo el mes en vez de vacacionar unos pocos días en otro lado.

Estoy acomodando las antiparras sobre el gorro de tela azul oscuro en la cabeza de Xavier, sus orejas salen a espiar. Alguien detrás mío me toca el hombro: *Hola seño, me dijeron que venga con vos*. Giro para ver un cuerpo de casi mi misma estatura, que trae una malla verde de adulto y un gorro en el mismo tono. Sorprendida, pregunto su edad. Sutilmente explico que no, que su profe es Mariana, gira y se va con Mariana. Mariana le habla, él me señala, gira y se vuelve conmigo.

Mariana grita ¡ES TUYO, MARTÍN ES TUYO! Yo no entiendo bien, pero deduzco.

Ahora que muchos de ellos ya saben sincronizar el nado crol al menos por unos metros, decido que es buen momento para que aprendan a sumergirse de clavado. Son las seis y propongo a todos que se tiren al agua en posición palito, lo más vertical posible. Me acuerdo, lo importante es que el mensaje no sea una orden, porque el chico suele tener miedo. Les propongo un juego en el que somos momias y tenemos que intentar caer como si estuviéramos completamente vendados con las manos estiradas y pegadas al tronco ¿Quién se anima? Ordeno la manada de yooooos que grita en el borde de la pileta. Uno al lado del otro, los cuerpos caen sucesivamente como piezas de dominó excepto el de Martín, que se desliza desde afuera a toda velocidad. Va hacia lo hondo de la pileta, no le veo la cara pero puedo imaginar su risa traviesa, cuanto más lo llamo, más se aleja. El guardavidas lo intercepta de un manotazo previo a que logre pisar el borde.

Aprovecho lo que queda de sol antes de que la pared del club que da a la calle se coma sus rayos. Probamos con un ejercicio menos exitoso. Ahora no somos momias, somos focas. Elevo el tono de la voz solo un poco para dar la indicación: nos arrodillamos sobre la orilla en posición de flecha, apuntamos hacia el agua con las manos y entramos primero con los brazos, luego con la cabeza y, por último, con los pies juntos como para dar un coletazo, ¿les parece?

Muchas caras se azotan contra el agua, otras amagan un par de veces sin lograr desprenderse. Voces finas repitiendo: es que me da miedo. Entiendo, no es grato estamparse la cara contra el agua. Les enseño algunos tips: *la punta de las manos se unen estiradas arriba, son la punta de una lanza, pego la pera al pecho, porque así el agua golpea con el gorro y no de frente a las antiparras. Apunto con mis manos al agua, nada se sale si alineamos la cabeza. Tomo aire antes de caer y lo largo, otra vez por la nariz cuando estoy abajo.*

Algunos no logran estirar el cuerpo y caen geométricos, sus cuerpos llevan las curvas casi angulosas de una silla de Bauhaus o de una canilla precipitada en la bacha de la cocina. Antes de sumergirse liberan el doloroso sonido de sus barrigas chocando de lleno contra la superficie. Los espectadores dicen «uuuuuh» al unísono como imaginando las ronchas ardidadas en sus panzas después de semejante colisión con el agua.

En lo que dura la clase ni yo ni el guardavidas ni Mariana logramos que Martín se moje la malla.

LEAVE A LIGHT ON

Mi canción favorita es de Marble Sounds, una banda indie pop de Bélgica, en una parte dice *no busques solo para encontrar, no corras solo para llegar a tiempo*. En el video, un señor ayuda a su hijo a perder el miedo de tirarse de una conejera de largada.

Pienso en el deporte, como la posibilidad de habitar un miedo. Escucho esa canción mientras leo. Simpatizo con la sensación de la autora de un libro que me recomendaron, se llama *Bocetos de Natación*: cuando se deja un deporte, nadie te dice hacia dónde redireccionar tanta exigencia.

JOAQUÍN

Joaquín llega a clase con unas antiparras nuevas que les prestó su papá. Durante toda la hora se las saca, se las pone, se las acomoda, las saca nuevamente, les ajusta la tira y vuelve a colocárselas. Su papá toma clases de natación para adultos.

A los días presencio esta escena: Papá, papá ¿qué estás haciendo?, grita Joaquín desde el borde de la pileta envuelto en una toalla. El señor lleva puestas unas antiparras pequeñas. *Uso tus antiparras hijo, hasta que encuentre las mías*, responde el pelado. *Con esas vas a ver lo rápido que vas*, retruca el niño.

PADRES PATOVICAS

Sobre el extremo norte de la pileta, justo en el límite de mi clase, dos señores se disponen a cuidar la frontera. Los gendarmes acuáticos le dan duro y parejo a la charla de espaldas al andarivel. El más pesado, parece colectivero, lleva lentes de sol; el otro es un gringo colorado que habla mucho, el papá divorciado de Marga. El colectivero es mal hablado pero le caigo bien, entonces me facilita las cosas, nunca le vi los ojos porque anda con unos lentes de sol espejados en azul. Sospecho que si no los usara su fama de rudo no sería tal. Suele ser más útil que el guardavidas, me saca los pibes que no son de mi clase y que se cruzan de mi lado. Como da miedo, no tiene que repetir sus amenazas. Se parece a Ramón, el vecino de mi cuadra que amenazaba a mi hermanito con cortar le las bolas si andaba en bici por su vereda. El colorado, no omite sonido, es el amigo que asiente desde atrás, el colectivero no necesita su apoyo pero aun así aporta a la escena una cara de malo que nadie se cree.

A veces me dice piba esto, piba aquello. A Martín lo tiene junado. Es el único que logra que no se escape de mi clase.

Se ve que vive a la vuelta del club, un día de lluvia lo crucé paseando un caniche, cuando doblé en la esquina vi cómo le hacía upa para que no se embarre las patas.

Cuando llego temprano, suelo encontrar sus lentes y su cuerpo desmayados al sol, orientados hacia el cielo sobre un sillón plástico que simula la forma de una reposera. Anda, con el termo entre el chivo y la panza y un paquete de masitas surtidas para pasar la tarde. De lejos veo cómo se las ofrece a los chicos, demoran eligiendo cual comer y él no les dice nada. En media hora los va a amenazar para que dejen de tironear el andarivel.

HOMENAJE

Cuando mis hermanos se ríen porque no me tiro al río sin que alguien me acompañe en una embarcación o sin una boya/torpedo, les respondo que al río no hay que tenerle miedo sino respeto.

Mi primer amigo de la infancia fue Leo, un chico que me gustaba. Era el primo de una amiga de los scout. Era morocho, alto y su pelo era muy grueso y duro. Su estilo era una combinación de flogger con rollinga. Se ponía unos cordones flúor y usaba el flequillo tieso en la cara. Tenía un corbatín blanco y negro y remeras de Los Piojos. Era el pibe más bueno y gracioso que había conocido.

Fuimos a los scout juntos durante dos años. Todo era divertido con él. Pasábamos mucho tiempo hablando y yo quería que sea mi amigo para siempre. Un domingo, como cualquier otro, fue al río con los pibes. Se pusieron a pescar y jodían con tirarse para sopesar el calor. Se sacaron las remeras y empezaron de a uno a entrar en el agua marrón del Salado. Estaban chapoteando cuando a uno de ellos no le pareció gracioso que Leo se le cuelgue de la espalda. Lo alejó sin darse vuelta, lo soltó diciendo que no empiece, que no sea cargoso.

La prefectura lo buscó río abajo pensando que la corriente lo había arrastrado. Su cuerpo fue hallado unos días después enganchado en el mismo lugar donde lo vieron agitarse y sonreír por última vez.

Desde lo alto del puente que conecta Santo Tomé con Santa Fe, la isla hace una curva meandriforme que se desdibuja en el horizonte. Algunos veranos el zigzag del terreno se acentúa por la erosión y pienso, que un poco se parece a la sonrisa grandota que Leo tenía.

AMIGAS 4EVER

Sentadas en la arena, disfrutando de que nuestro trabajo ahora nos permite costearnos unas vacaciones en la Costa Argentina, me hiciste una confesión: *me enojé con vos, cuando me ganaste en esa carrera de natación a los diez años*. Aprendimos a nadar juntas en «El Poli» de Santo Tomé. Yo no supe de qué hablabas pero no te interrumpí. Relataste con lujo de detalles el suceso. *Lo que más bronca me dio es que tenías un año menos que yo, no me podías ganar*, siguió.

Nos reímos casi como celebrando que su derrota no haya destruido una amistad.



CLASE N° 31:

CAOS

Llego temprano para organizar mi clase, hoy es el primer día en que todos los chicos van a nadar la pileta completa. Le pido al chabón de gafas negras y remera amarilla con inscripción roja *LIFEGUARD* que por favor quite el andarivel que corta la pileta a la mitad en la zona donde yo trabajo con mi grupo. Me dice livianamente que no, que no puede porque en lo hondo hay socios y se van a quejar y él los va a tener que aguantar. Mientras dice todo esto, se va caminando lento con el sacabichos en la mano y sin mirarme. Insisto: *es que tengo que usar toda la pileta*. Él también insiste: *¿Para qué?, si los tuyos nunca trabajan hasta lo hondo porque se cansan*. Fundamento amablemente la importancia de la clase de hoy y anticipo que es probable que trabajemos a lo largo lo que resta del mes. Me reitera su no rotundo de una forma tan caradura como violenta, *mi trabajo no es pelearme con los socios*, acota mientras se gira.

Canalizo la rabia que me brota caminando por el borde del agua hasta lo hondo, grito a quienes están retozando al sol. *Eu, hola ¿Será posible que me desocupen esta parte de la pileta por una hora?* Apenas consigo que liberen un andarivel, me conformo.

El grupo está calmado, cariñoso y obediente como si el día estuviera perfectamente ordenado con energías que compensan. Hace una semana que no me meto al agua para enseñar ya que la mayoría logró independencia en la flotabilidad y propulsión, esto es, básicamente, que alcanzan a avanzar metros más, metros menos, sin hundirse, lo que habilita la posibilidad de centrarnos en perfeccionar algunas cuestiones de técnica básicas.

Desde que asumí esta tarea de intentar que otros descubran el dominio que podemos tener sobre nuestros cuerpos prescindiendo de puntos de apoyo fijos siento que, en parte, ejecuto un trabajo de traducción. Donde el manual dice *aprovechamiento de las superficies*

de empuje, yo leo: hay que tener la mano cerrada para que el agua no se escurra entre los dedos.

El día anterior, estuve una hora recortando tiritas de goma EVA para que usen en sus manos. Les pido que las coloquen en zigzag a través de sus dedos. Veo cómo con las tiras suben y bajan enroscándose: pulgar aprieta, arriba del índice, por debajo del medio, por arriba del anular, por debajo del meñique. *Una sí, una no, una sí, una no*, se los escucha repetir mientras acomodan la gomita. *No puedo abrir los dedos seño porque se escapa*, denuncia Elías. *Sí, perfecto, así es, sonrío. Ahora nadamos con la mano cerrada, hasta la otra punta, crol, sin que se me afloje la tiritita.*

PASILLO

La mayoría de las veces que doblo por el pasillo me choco con alguien que esquiva la rueda de mi bicicleta saliendo del vestuario. El saludo es un código tácito entre quienes habitamos la zona de piletas. No nos conocemos pero sentimos que sí, puede ser el efecto de habernos visto en malla. La ventaja de que existan casilleros es que el disfraz de nadador queda ahí. Uno puede entrar completamente trajeado y salir sin que ese estado parezca haber sido alterado durante una hora. El único guiño de que estuviste nadando es el pelo mojado.

Si voy a las trece me choco siempre con quien intuyo es médico al borde de la jubilación. Trae puestos mocasines marrones de hebilla dorada, pantalones en tonos grises, caquis y beiges haciendo juego con el saco. Camisa y a veces corbata. En la mano lleva un maletín en el mismo tono que los zapatos. Estoy entre dos especialidades médicas: cardiólogo o gastroenterólogo.

FRANCISCO

Fran es el más pálido y callado de mi clase de natación. Hoy se animó: zambulló su cabeza entera. Mientras pateaba al volver a la superficie miró a su mamá y ella sonrió. La superficie nacarada de sus cachetes dio paso a una sonrisita campeona, después repitió el movimiento como quien se afianza canchero.

El profe Moncho me enseñó a nadar cariñosamente allá por el '96, un poco intento parecerme a él aunque ahora sea pastor evangélico. Cuando explico la brazada de crol, me acuerdo de sus ejemplos: *La mano es una cuchara para tomar sopa, la cerramos, pegamos los dedos para que no pase el agua entre ellos. La sopa con tenedor es difícil de tomar.*

En el pasillo frente al vestuario, el Fran sonríe, después me da la espalda mientras se aleja por el estrecho espacio donde despliega pequeños saltos gloriosos.

Este hito, como muchos otros, no cambian el mundo, pero ahora un cuerpo pulula con menos miedo que ayer.

PEDRO, ELÍAS, SU MADRE

La mamá de Pedro y Elías está aprendiendo a nadar los días en que su hija menor la deja. Los que no, se queda en el borde de la pileta más chica convenciéndola de que se tire con la seño Fabi.

La postal de ingreso en la entrada de la pile de la mamá de Elías y Pedro es como ver una mamushka desencastrarse. Entra ella y sistemáticamente aparece la descendencia como coreografía de baile ensayada. Su papá también nada, pero llega unos poquísimos minutos después, lo que se tarda en estacionar y cerrar el auto.

La mamá de Pedro y Elías tiene la cara de Pedro y la melena de Elías. Usa ropa de natación casi vintage. Siempre imaginé que sería extremadamente complejo usar gorro con tanto pelo enrulado.

La señora empezó casi de cero. Las primeras veces la veía caminar hasta la mitad de la pileta, en algunas ocasiones recuerdo encontrarla, en el primer andarivel, revoleando los brazos rígidos, simulando hélices de un ventilador, con su cara sumergida y su cuerpo flotando horizontal.

De un momento a otro, me sorprendió: nadaba la pileta a lo largo sin frenar. Entre lo que sabemos y lo que aprendemos hay una distancia que no se puede predecir ni descifrar.

MARCA

Cuando cuento a otros como es nadar y competir pienso en lo que nos develaba. La preocupación de cualquier nadador competitivo es hacer una marca. Hacer una marca es lo mismo que alcanzar un aprobado en un examen. Gracias a ello, accedés a participar de ciertos torneos a nivel nacional e internacional. Se hace sobre todo, porque se pretende asegurar estándares de calidad en el deporte.

Sobre la marca, se basan muchos de los entrenamientos porque es el tiempo en que tenés que lograr resolver una determinada cantidad de metros. Digamos que es el objetivo hacia el que se direcciona el esfuerzo. Cada entrenador se preocupa por calcular los tiempos que día a día el nadador necesita para poder garantizar el suceso.

La marca, en un entorno de pileta, puede ser también otras cosas. Otras marcas son más tangibles y amables que la frustración de no llegar a tiempo. Anticipatorias, diría. Por ejemplo, antes de llegar a cada extremo de la pileta, si mirás el fondo, vas a advertir el anuncio: la famosa «marca T» indicando que se avecina la pared. Entonces tenés que mirarte el pupo para iniciar el viraje. Tu torso debería inclinarse hacia el fondo y dar la famosa vuelta americana. Después, con un envión de tus piernas, te despegás del muro de azulejos.

Cuando vas de espalda y no ves la marca, un banderín cumple la misma función, aunque está a unos metros más de distancia que la T.

Si sos ciego, para dar la vuelta, te tocan la cabeza con un palito, pero lo cierto es que la mayoría cuenta las brazadas que le insume completar una pileta.

En todos los caso, lo importante es no dañarse la cabeza.



SENSIBILIDAD ESTABILIZADORA

Durante el siglo xx llegaron a Paraguay maestras rusas de ballet. Aquel hecho, parece ser, propició el desarrollo del baile con botellas en la cabeza. En ese baile, son mujeres quienes deben deleitar con su equilibrio al público. Me gusta imaginar que han sido los rusos, grandes estudiosos del deporte, quienes inventaron la técnica que aplicamos en el agua cuando el cuerpo está en posición dorsal y necesitamos alinear la cabeza.

Me paso la semana juntando botellas de plástico de medio litro, selecciono preferentemente las que tienen la base chata. Mi mamá prepara una bolsa a pedido mío. Tengo que enseñar la técnica de espalda. Nadar espalda, en criollo: boca arriba, implica aprender que tu cuerpo es un subibaja. Si pegás el mentón al pecho, se te hundén las piernas. Si tirás la cabeza muy atrás, tu cintura se eleva, te arqueás y se dificulta el avance hidrodinámico sobre la superficie. Una forma, práctica y divertida de aprender cómo ubicar la cabeza, es patear boca arriba haciendo equilibrio con una botellita de agua llena hasta la mitad sobre la frente. El punto en el que la botella no se cae, es el punto en el que debe estar la cabeza. Los pibes, al principio se ríen, me dicen que no se puede, la botella les golpea la cara al caer, algunos se cansan, la dejan al borde de la pileta. Para dominar este ejercicio, se requiere tiempo, el necesario para descubrirse a uno mismo. Los dejo probar durante un rato, que descubran solos el punto en el que pueden controlar su cuerpo y avanzar a la vez.

Me gustan las clases de natación: son rituales de simplicidad. Quién hubiese creído que una botella mediocre de medio litro sería útil para que algunos aprendan con cuánto apoyo y con qué presión deben mantenerse a flote.

STOICHEV – GÓMEZ

Una podría decir que existe una relación directa entre el cuerpo y el tipo de prueba y distancia para la que suelen prepararse los nadadores. Les mentiría si dijera que no existe, como en todos los deportes, una fuerte presión sobre los cuerpos disciplinados a través de la alimentación.

Si tu cuerpo es alargado y liviano como una garza, tenés menos reserva de energía. Se dice que, a los quince kilómetros de aguas abiertas, te quedás sin nafta y es muy probable que te cueste al menos el doble de esfuerzo que alguien que presenta una textura más morruda. Los «más grandotes» suelen tener un «resto de energía» que les viene de la posibilidad de utilizar la grasa de sus cuerpos, la misma que oficia de calefacción para nadar en aguas heladas. Cuando nos tiramos en la «ollita» de Colastiné que es fresca, mi amigo Gabi (gran velocista) tiritaba de frío, su piel fina no le abriga lo suficiente los músculos. A veces, incluso, los labios se le ponen morados.

Mis favoritos son los nadadores de aguas abiertas. Los velocistas son geniales, pero son solo eso: velocistas. Un nadador de fondo puede nadar rápido y sostenido en el tiempo. Un velocista solo puede nadar rápido. En eso reside la idea de resistencia: en poder sostener de manera sistemática la velocidad. Me gusta el arte del cambio de ritmo, el increíble resto con el que los nadadores de aguas abiertas deben tocar un pontón de llegada después de nadar ocho horas, los sprints finales mano a mano con otros igual de resistentes que ellos.

El día que Petar Stoichev encerró a su contrincante Stephan Gómez en la recta final contra los andariveles aprendí que no solo había que ser grandote, tener resto y nadar rápido en el tramo final. También, era importante conocer algún tipo de maña. El búlgaro y

su cuerpo de metro noventa había interferido la línea de nado de su contrincante y por eso fue descalificado. Aunque sostengo, injustamente, ya que venían los dos a los manotazos limpios desde que habían entrado al boyado final.

JAIME SANTIAGO

Me acuerdo de vos, Jaime Santiago, el mayor. Me acuerdo que nunca compartimos pieza. Me acuerdo que me hiciste ver *IT el payaso asesino* un día que mamá te dejó a cargo. Me acuerdo que bailabas como Mick Jagger y me enseñaste a hacer fuck you. Me acuerdo que te seguía porque me tratabas bien. Me acuerdo que eras rolinga y también tenías una colección de CDs de cumbia de Mario Pereyra. Me acuerdo que me mandaste a saludarlo cuando lo vimos en la puerta de la escuela. Me acuerdo que yo pensé, es un señor y tiene pelo largo y colita. Me acuerdo que no entendí. Me acuerdo de tu amigo el Gavilán. Me acuerdo que Joaquín le decía *Galiván*. Me acuerdo que papá no lo quería pero era muy simpático. Me acuerdo que siempre volvías boleta cuando salías con él. Me acuerdo que un día me levanté y estabas con un balde en el patio vomitando. Me acuerdo porque te sentaste abajo del tender ese que se abría tipo paraguas, pero al revés. Me acuerdo que papá se enojó. Me acuerdo que tu amigo tenía un Chevy.

Me acuerdo de Jim Morrison y Michael Jordan en la pared. Me acuerdo que usaba tus zapatillas de básquet para disfrazarme. Me acuerdo que nunca hice eso con los tacos de mamá. Me acuerdo de una navidad en la que fuiste Papá Noel. Me acuerdo que te descubrimos porque no traías botas sino zapatillas nike negras. Me acuerdo que en la escuela me decían que éramos iguales. Me acuerdo que nos odiaba la de Economía, le decíamos La Pocahontas. Me acuerdo que nos amaba la de Matemáticas. Me acuerdo cuando intentaste explicarme cómo despejar la X. Me acuerdo que fue peor que cuando mamá lo intentaba. Me acuerdo cuando estudiabas para ser contador. Me acuerdo que a la vez jugabas al básquet. Me acuerdo que no teníamos plata y vos cruzabas la noche y el puente en bici después de entrenar. Me acuerdo de tu playera lila. Me acuerdo que mamá te esperaba con

sopa a las once. Me acuerdo que ibas a la secundaria y que rompiste un vidrio por revolear un zapato. Me acuerdo que las monjas te hicieron ir a limpiar baños por unas semanas. Me acuerdo que me obligaste a comer unas albóndigas de soja allá por el 2001. Me acuerdo que mamá se enojó ese día y no fui a la escuela. Me acuerdo que lloraba porque quería ir. Me acuerdo que hamacabas a Joaquín en su coche mientras estudiabas matemática financiera. Me acuerdo que lo hacías con el pie. Me acuerdo que la Belquis era tu profesora de facultad. Me acuerdo que me dijo que rendiste libre y rendiste bien. Me acuerdo que estaba sorprendida porque eso no era tan común. Me acuerdo que los médicos pensaban que Joaquín era tu hijo y no tu hermano. Me acuerdo que siempre fuiste el ídolo de Joaquín. Me acuerdo que casi llegan a jugar juntos en el mismo club. Me acuerdo que te decían el loco Cabré, eras el número cinco. Me acuerdo que no eras talentoso pero entrenabas mucho. Me acuerdo cuando contaste que empezaste Jiu Jitsu.

Me acuerdo cuando me dijiste que militabas a Moreno. Me acuerdo que me mandaste un Feliz Día a todas las compañeras y una foto de Eva. Me acuerdo que me reí y pensé cuánto peronismo y confusión. Me acuerdo que me alivió saber que estabas de este lado. Me acuerdo que me defendiste cuando mamá no entendía mi sexualidad. Me acuerdo que la ayudaste cuando se peleó con los tíos. Me acuerdo que me quisiste jugar una carrera de natación y te dije que no. Me acuerdo que te tiraste igual y yo vi lo que muchos me habían anticipado: trompeabas el agua, nadabas horrible. Me acuerdo cuando me acompañabas en la piragua las veces que nadábamos en el río. Me acuerdo que una vez me mentiste, me dijiste que faltaba media hora de carrera y faltaba más del doble para llegar a Sauce Viejo. Me acuerdo que me enojé pero no podía hacer nada más que seguir nadando. Me acuerdo que en la misma carrera, te peleaste con una lancha que hacía olas muy altas y casi me descalifican por tu culpa. Me acuerdo que me gritabas ¡Dale animal, dale animal! Me acuerdo que hace poco, cuando volví a nadar y me acompañaste, usaste esas mismas palabras. Me acuerdo de lo que nos une: una recíproca y silenciosa admiración por el otro.



EL DOLOR DE LOS NADADORES

En nadadores de aguas abiertas, es importante la resistencia. Aguantar se entrena. Cuando el músculo se fatiga se bloquea el dolor pensando en otra cosa.

En mi quinto año de secundaria, le pegué a la heladera y le hundi la puerta, la misma heladera que heredé luego para mi casa actual. A la semana, me astillé la mano cuando traspasé con una piña la puerta de mi pieza. A los dieciocho años, ya no nadaba rápido, ya no nadaba bien, me dolía el cuerpo y no entendía cómo otros se esforzaban menos y les iba mejor.

La puerta placa con el impacto mortificado estuvo ahí por mucho tiempo. Hace dos años la cambiaron cuando mis viejos pasaron a ocupar mi antigua pieza.

A mis treinta años, me sumé a entrenar con un equipo de aficionados, algunos nadamos notoriamente mejor que el resto, en su mayoría, somos ex-nadadores. Hay días que no quiero hacer las cosas apurada y voy despacio. La psicóloga me pregunta si soy la más rápida del grupo, le digo que podría pero no me da ganas. *Hermoso, quedate ahí, agrega.*

EL ZANNATY

Le cuento a mi gastroenteróloga por qué vine. Ella se ríe, porque evidentemente he repetido algún mito y no sé qué parte de mi relato es parcial o totalmente incorrecto a sus ojos. Después de una semana sin harinas, por recomendación de un médico clínico, me dice que los análisis están bien, que puedo comer lo que quiera, siempre y cuando vea que no me hace mal. Ahí está el problema, a veces me atoro. Le explico que atorarse para mí es comer cuatro alfajores al hilo, por qué no, seis panchos. *Ah sos una genia*, me dice, *qué estómago*. Después hablamos del metabolismo en el deporte. De golpe me acuerdo de mi papá diciendo que para nadar la Santa Fe - Coronda, había que comerse un pollo entero. Quién sabe de dónde sacó tal información pero lo recuerdo diciendo que eso comía Mohammed, El Zannaty, eso y una lata de duraznos al natural.

Frente a la clínica, mientras desato mi bicicleta, miro la calza que reviste mis piernas. *Patas de tero, de canario*, resuena la voz de mi hermano. Hago dos cuadras, en la panadería freno por un sándwich de salame y queso. En el trajín sobre la bici, camino a la pileta, lo devoro plácidamente.

DESGASTE

Cuando llegué al apartado de *Bocetos de Natación* en que la canadiense recuerda el momento exacto en que dejó de nadar y tuvo que comunicarlo, lloré.

Mientras espero con mi amiga, campeona panamericana de cien metros libres, que nos den unas hamburguesas, buscamos entrevistas de ella en YouTube de hace aproximadamente quince años. Las escuchamos, ella hace una especie de stand up comentado, se ríe de su propio pelo y de lo que dijo en ese momento. *Singapur, ni sé ahora dónde queda Singapur, ¡Por Dios!*, dice mientras detiene un video en el momento justo en el que explicaba frente a una cámara cuáles eran sus objetivos deportivos para el año 2009.

Escúchame, yo este invierno no voy a ir a nadar, hace frío, andá sola y me sumo en el verano.

Cuando dejé de nadar, a nadie pareció importarle mucho, excepto a mi papá. Algunos entrenadores tienen, como en cualquier deporte, sus estrellas favoritas. Mi amiga era una de ellas. Yo en cambio, de a poco, fui faltando, un día a la semana, luego dos y así disminuí el contacto con el agua, como quien lentamente deja de fumar, pero sin ningún lamento de por medio. Me desvanecí entre el cloro y el vapor y no me buscaron como a otros.

Cuando mi entrenador me vio competir nuevamente el año pasado, solo hizo dos comentarios: nada mejor y más rápido que antes. A ciencia cierta, nado técnicamente mejor, lo de rápido es azar del espectador que ahora me presta atención pero a mí ya no me importa.



CLASE N° 44:

SNOWPIERCER

Niña porcelana sigue con frío. Ya no hay miedo, salta en la pileta, de vez en cuando se asusta. Se independizó del borde hace unos días. Dejó de adherirse como babosa a la pared y me grita para mostrarme que toca el fondo con la mano. Antes de hacerlo, toma aire, infla los cachetes y se sumerge con unas pataditas flacas. Tiene piernas finas, de marioneta, también se mueve como una. En el agua, sus movimientos destartados poco a poco se ordenan y armonizan.

Con el tiempo pasa de parecer una rueda de bicicleta descentrada y floja a direccionarse en la trayectoria de una lanza. Aprende la salida en flecha impulsándose de la pared. Ahora, su cuerpo fino le ofrece la ventaja hidrodinámica por su poca superficie de roce. Le gana a sus compañeros, llega más lejos que el resto por debajo del agua con el impulso.

WANDRASCHT – DEGANO

Corre 1993, yo tengo seis meses de vida y dos tipos deciden bailar un vals cuando están por terminar de nadar 57 km. Cuenta la historia que, en vez de cuerpearse en la recta final, eligieron esperar y coronarse juntos en la llegada. En el video que recopila el momento se los ve abrazados, como dos borrachos amigos que avanzan sosteniéndose el peso. Empujan la mano libre hacia adelante a la par. Tocaban el pontón de llegada y el cronómetro se detiene a las ocho horas y tres minutos. Ese momento inaugura el primer empate en la historia de la Maratón Santa Fe – Coronda. Uno de ellos era alemán, el otro un joven santafesino llamado Diego Degano. Cuentan que el santafesino era guiado por un gran conocedor de las aguas locales, un muchacho de apellido Larriera que había heredado la natación y el río y era su padre gran nadador. Larriera, de arriba de una embarcación, le indicaba toda la carrera por dónde ir: cuándo cruzar el río, cuándo bordear la costa.

Cuando Diego se cansó de nadar, Larriera adoptó a Christof y lo condujo con igual sabiduría. Christof Wandrascht, de vez en cuando, visita nuestro país. En verano se los suele ver a él y a Diego por algún club de la ciudad. Se comenta que el alemán vino a correr la maratón quince veces, también que anda enamorado de la más linda del mundo.

AQUAMAN

Jaime Santiago sufre de artrosis en sus tobillos, me escribe mientras se replantea cómo hará para dejar de jugar al basquet. Sus articulaciones no resisten el impacto sobre superficies duras. Me propone que lo entrene a distancia porque vive en Esperanza, que le arme una rutina. Entabla un monólogo: *En un año, ya puedo competir, ¿qué opinás?* Se ama y tiene una exacerbada confianza en sí mismo. Lo corto en seco: *si no mejorás la técnica, vas a tener que volver a nacer, y ahí sí, podés competir.* Nos reímos. Le envío una rutina con ejercicios para que realice tanto fuera como dentro del agua. Me dice que los que son fuera del agua no le gustan, que la gente lo va a ver y le da vergüenza. No puedo empatizar con su vergüenza. Físicamente parece un muñeco de acción de Rambo, escasamente articulado. La elasticidad de su cuerpo está negativamente influenciada por el volumen de sus músculos bombeados a proteína y gimnasio.

Le mando una foto a una vieja amiga después de una carrera de aguas abiertas que corrí. Un retrato de Jaime y yo en la playa con piraguas de fondo. No lo reconoce: *¿Y ese aquaman de al lado quién es?*

LECAT – CHAILLOU

Después de que en 1997 volviera a producirse un empate, esta vez entre Lecat y Chaillou, la federación internacional de natación prohibió los empates convenidos. Esa vez, el francés esperó al argentino en la recta final para poder tocar conjuntamente la meta. Otra vez en la historia del deporte santafesino, un acuerdo entre nadadores distorsionaba los tradicionales podios: primero, segundo y tercero.

PANKINA

Para los 2000 la rutina ya se había consolidado. Llegado el día nos calzábamos la gorra y encarábamos en bici. Llegar temprano a la bajada del puente que conecta Santo Tomé con Santa Fe era la consigna. Mi papá se anticipaba escuchando la radio y calculaba cuánto tiempo antes teníamos que estar en el lugar, para ver pasar a los punteros de la carrera. En la barranca santotomesina esperábamos a la sombra de los pilotes la llegada de las embarcaciones y los primeros nadadores.

En una oportunidad, yo habré tenido doce años, vimos pasar primera, encabezando la carrera, a Pankina, una mujer rusa que tenía cachetes redondos y ojos grandes como de muñeca asesina. Días antes, la había saludado en el evento de presentación de los nadadores y le había pedido que me autografiara la remera que traía puesta. Estaba con mis amigos del club con los que ya entrenábamos para competir en el río. No sé de dónde sacamos un fibrón, lo que sí recuerdo es que todos nos fuimos con la ropa garabateada. La musculosa que llevaba puesta era de mi hermana. En ese entonces se usaban las remeras de tiritas con rayas, era turquesa y a mí me gustaba, pero más me gustaba poder tener autógrafos de todos los que corrían la maratón.

Cuando llegué a mi casa escondí muy mal la remera. Siguió mal escondida en un cajón en desuso hasta hace muy poco que mi papá decidió poner cosas en una bolsa y traerlas a mi nueva casa.

A otras nadadoras mujeres no las pude conocer más que por películas o por comentarios. El tiempo no ha querido entonces que dé con el paradero de Diana Nyad o Greta Andersen. Si tuviera que elegir, digo, si me dieran a elegir entre ellas, pediría una charla con Greta, la señora que, llegó segunda en la Santa Fe–Coronda de 1962 y vivió hasta los 95 años.

PROCEDIMIENTO

Estoy pensando en dejar de dar clases de natación. No puedo sostener dos trabajos. Debería inclinarme racionalmente por conservar el más formal: dar clases de Geografía en la escuela secundaria.

La última vez que renuncié a algo, fue a una escuela. Lo recuerdo muy bien, cómo olvidarlo. En ese entonces llené el formulario de renuncia tal y como se indicaba en la página oficial del correo, luego escribí otras dos copias iguales respondiendo a la tarea sencilla pero no liviana de presentar el documento por triplicado. Acto seguido y con el tiempo de seguro, milimétricamente calculado, me acerqué a la oficina de correo más cercano a mi trabajo.

Para quienes vivimos más de la mitad de nuestra vida entrenando en una pileta, es difícil contemplar que los ritmos de la humanidad son ajenos al del cronómetro. He aquí la razón por la que todavía hago, en mi cabeza y en secreto, un cronograma del día: me levanto, preparo en pijama un café en 8' (cinco para hervir agua y otros 3' en preparación), me cambio con la muda que dejo preparada el día anterior en la cama mientras transcurren los primeros cinco, bajo, apago el agua y la vierto. Dejo reposar, sirvo. De mi casa al trabajo demoro en bici 17', otros 5' o 6' son los que me exige subir las escaleras hasta el tercer piso. Puedo seguir sistemáticamente con cada tarea que realizo pero quizás sea mejor que retome momentáneamente la idea de renunciar.

Entré al correo de la calle más céntrica de Santa Fe, me atendió un señor parecido a Alejandro, esta vez siento que no hay mala leche en su forma de ser, solo es así, medio inútil. Me dice que sí, que está bien hecho y me indica que agregue otra vez mi CUIT, lugar, que firme y que aclare con nombre completo y DNI debajo. Confíe en su asesoramiento. En el correo, una rubia se asomó

dejando entrever la pintura roja y densa de su jeta y desde atrás de su hombro espío las copias que presenté. Percibí que tiene un tono ligeramente estirado, de aspiraciones burguesas diría mi padre. Lo comprobé con su tono: nosotros no podemos hacer este envío porque está al norte de la ciudad.

FLOTACIÓN

Casi inevitablemente, cuando te acostás en el pasto boca arriba, en el piso frío de algunas casas viejas en verano, tus brazos se aferran suavemente, descansan, en la superficie rígida. No tememos entonces de que ese suelo se raje, se abra al medio y nos lleve al infernal inframundo como solía suceder en algunos dibujos animados de los noventa.

Tus brazos forman diferentes ángulos respecto del cuerpo. La cabeza, la espalda a la altura de los hombros, el culo, las pantorrillas en su máxima curvatura y los talones se contactan con su peso. Mientras, nada te hace dudar de que esa superficie sin vida, pueda desmoronarse.

En el otro extremo, está el agua y la confianza para tumbarse boca arriba sobre ella ¿Qué niño dejaría cederse frente algo que no garantiza sostenerlo? Y, encima, no puede ver. Casi como en esos ejercicios de confianza en los que se espera que alguien te reciba en sus brazos mientras de parado te soltás hacia atrás, probamos poco a poco que el ombligo apunte al cielo. Algunas panzas ni siquiera logran salir a respirar, otras nucas sufren espasmos y se levantan apenas tocan el agua, las piernas de la mayoría cuelgan sumergidas formando una «L» y las manos tiesas, extendidas, buscan el borde para volver a pararse.

Hacer la plancha boca arriba es la construcción de una confianza que nos excede, la entrega de lo único que nos pertenece de manera inevitable: un cuerpo. Un cuerpo que flota también desplaza agua, ese agua ¿A dónde va?

SOBRE LA AUTORA



PILAR GUADALUPE CABRÉ

Nació en 1993 en la ciudad de Santa Fe y creció en la localidad de Santo Tomé. A los cuatro años, comenzó a nadar por una indicación médica, actividad que sostiene hasta la actualidad. Es docente de Geografía en escuelas de nivel medio y, también, becaria de CONICET. Ha trabajado como profesora de natación con infancias en diferentes momentos de su vida. Publicó el libro de poesía «El agua que nos gesta» por Corteza Ediciones en el año 2021. Junto con compañeros santafesinos organiza «Afluente», un festival de poesía en Santa Fe.

ÍNDICE

5	Oferta
6	Ambientación
8	Contactos
9	Los Benvenutti
10	Iniciación
11	Clase N° 1: Miércoles
15	Planificación y transferencia
18	Felipe
20	Revelación
21	Encargado
22	Clase N° 9: Día de lluvia
23	Mercedes
25	Clase N° 16: Hormiguero
27	Sr. Cobranza
28	Sofi recién llegada
29	Lo desviado
30	Clase N° 25: Ola de calor
32	Leave a light on
33	Joaquín
34	Padres patovicas
35	Homenaje
36	Amigas 4ever
37	Clase N° 31: Caos
39	Pasillo
40	Francisco
41	Pedro, Elías, su madre
42	Marca
44	Sensibilidad estabilizadora
45	Stoichev – Gómez

47	Jaime Santiago
50	El dolor de los nadadores
51	El Zannaty
52	Desgaste
54	Clase N° 44: Snowpiercer
55	Wandrascht – Degano
56	Aquaman
57	Lecat – Chaillou
58	Pankina
59	Procedimiento
61	Flotación
62	Sobre la autora

COLECCIÓN **QUILOAZAS**

dirigida por Larisa Cumin

A orillas del Quiloazas se fundó por primera vez la ciudad de Santa Fe. El rollo vino a quitarle al pueblo y al río más que el nombre. La palabra como acto hace revivir, porque de ella—como del río—se tira y se saca otro modo de nombrar, fundar y habitar.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.

Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Gestión digital: Programa Bibliotecas UNL

Diseño: Julián Balangero

Fotografía de tapa: Luis Cetrera

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Cabre, Pilar

Escuelita de nado / Pilar Cabre. —1a ed.—
Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral,
2026.

Libro digital, PDF/A — (Vera Cartonera.
Quiloazas)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-473-3

1. Memoria Autobiográfica. 2. Natación.

3. Crónicas. I. Título.

CDD 800

© Pilar Guadalupe Cabré, 2026.

© de la editorial: Vera cartonera, 2026.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento–NoComercial–
CompartirIgual 4.0 Internacional